

LA LUCHA DE CLASES



SEMANARIO SOCIALISTA OBRERO

Año II
PRECIOS DE SUSCRIPCIÓN
España, 1 peseta trimestre.—Ultramar, 1,25 id.—Portugal, 1,50 id.—Otros países, 1,75 id.
Los pagos se efectuarán por adelantado, en libranzas del Giro mutuo ó sellos de franqueo.
25 ejemplares, 75 céntimos.

APARECE LOS DOMINGOS
Redacción y Administración, Bailén, 41.
BILBAO, 31 DE MARZO DE 1895.

PUNTOS DE SUSCRIPCIÓN
En Bilbao, en esta Administración, y en provincias, en el domicilio de las Agrupaciones Socialistas. La correspondencia de Redacción, á nombre de Valentín Hernández; la de Administración, al de Fausto Perezagua.
Número suelto, 5 céntimos. **Núm. 26**

EL MILITARISMO

Un supuesto conflicto entre la prensa y la milicia y la acción de los tribunales militares ha sido la ocasión de la caída del gobierno.

Todo se vuelve ahora á los periodistas protestar de que se les someta á la jurisdicción militar, mostrándose la milicia juez y parte. Esta, á su vez, reclama privilegios, y se resiste á que las diferencias las resuelva el jurado, que no se compone ni de periodistas ni de militares.

Desde el punto de vista del estado social reinante, el caso es mucho más embrollado de lo que parece, porque nuestra burguesía necesita por igual tener á bien la prensa y no desprestigiar al ejército. Así es que, hasta los republicanos más progresistas y los que más se jactan de estar imbuidos de ideales científicos, entonan en mil tonos loores á la milicia.

Vivimos en el periodo de transición del estado militar al industrial, y nuestra burguesía tira á mantener aquél, porque sabe que un estado industrial perfecto no es otra cosa que socialismo puro.

No es raro oír hablar de virtudes militares y ensalzar la guerra como educadora y vigorizadora de los pueblos. Los holgazanes no comprenden que se ejercite el cuerpo si no es con luchas, campeonatos, juegos y sports de toda clase. La bestial filosofía de Moltke, adornada con teorías mal sacadas de la doctrina de la evolución orgánica entendida de cualquier modo, es filosofía que priva aún demasiado.

En la historia humana la esclavitud y la milicia son hermanas: ésta ha sido un medio para conservar aquélla. En un principio la ley era disciplina, y aún conserva el carácter de tal. Porque la disciplina militar es el sello de la servidumbre y el legado de salvajismo porque empezaron los pueblos.

En tratándose de la guerra pierden los estribos los pensadores burgueses y barbotan las mil y un ramplonadas que acerca de ella vienen repitiéndose desde la noche de los tiempos hasta hoy. Todo lo que dicen está basado en la idea de que los hombres no serán nunca ángeles, y que las cosas han de suceder siempre del mismo modo.

Cada día, sin embargo, es entre los que piensan en cuestiones sociales mayor el número de los que se vuelven contra la filosofía de la guerra, cuanto más se estudia la sociología más claro se ve el enor-

me sofisma de la supuesta imprescindibleidad de la guerra. Novicow, en su obra sobre las luchas de las sociedades, ha tratado este asunto con verdadero vigor y elocuencia, mostrando en la evolución histórica de la lucha misma cómo ésta tiende á dejar de ser guerrera.

Pero ni Novicow, ni otros espíritus generosos que como él piensan y trabajan en contra del militarismo y los sentimientos guerreros, ven bien claro la razón íntima del régimen militar, que es una cosa misma que el régimen de servidumbre. No ven bien cuál es en el fondo la razón económica del mantenimiento de las nacionalidades y de la defensa armada de los suelos pátrios, no se percatan bien de que la burguesía de todas las naciones forma una vasta confederación inconsciente que, apoyada en las bayonetas, mantiene sus privilegios.

Todo el mundo sabe que, como lo mostró con su acostumbrada perspicacia Macaulay, los ingleses deben sus libertades á que en Inglaterra no llegó á haber, por razones ante todo topográficas, ejércitos permanentes al servicio y devoción de los reyes, pero no son muchos los que caen en la cuenta de que el mayor obstáculo á la verdadera é íntima libertad de los pueblos, á la libertad económica, es el militarismo.

A los primeros á quienes había de redimir la muerte del militarismo es á los que sienten instintos militares, obligándoles á reprimirlos ó transformarlos. Aunque bien mirada la cosa, tales instintos no están hoy muy vivaces, ahogados por los instintos de adquisividad. El espíritu industrial se ha superpuesto al militar, aún en la milicia misma. Todo el mundo sabe que los militares hablan mucho más que de guerra ni de estrategia del salto del tapón y de los entorchados. Creemos por otra parte firmemente que el golpe más rudo que se podía dar al militarismo era suprimir el uniforme. Que se vistieran los militares como todo el mundo, en servicio y fuera de él, que no se les autorizara á llevar armas sino en ocasión de ellas, y es casi seguro que descendía notablemente el ingreso á las academias militares.

NOTAS SEMANALES

Desde las últimas notas publicadas acá, nos han sobrevenido una porción de acontecimientos.
Faustos é infaustos.
A los primeros pertenece la entrada

triumfal en Bilbao del casero y la-de-ve-ese.

¡Qué gran día para la chiquillería y los republicanos en agraz de Bilbao!

Porque desde la estación de Achuri hasta el hotel «Terminus» no vimos más que rapazuélos que gritaban como energúmenos á las portezuelas del carruaje en que iban los terribles revolucionarios.

¡Ah, sí! Tabién vimos en la comitiva á una porción de ilustres peleles, que iban más orgullosos en sus desvencijadas carretas que don Rodrigo en la horca.

Así que la gente, al verlos pasar, exclamaba:

—Esos quieren que venga la República para ver si entonces pueden echar coche.

De todos modos el recibimiento que obtuvieron los emigrados voluntarios fué notable.

¡Como que se notó enseguida que aquí no hay entusiasmo, ni republicanos, ni nada!

Y hubiera sido más notable si hubiesen salido á recibirlos los cabos y sargentos de Garellano que fueron á presidio, en tanto que el capitán Casero se dedicaba tranquilamente en París á tocar la flauta.

Después, ó *dimpués*, como dice cierto concejal, hemos perdido el mejor barco de guerra que poseíamos, el «Reina Regente.»

Como que dicen que ha costado 10 millones de pesetas.

Y eso es lo que hay que sentir más que nada.

Cierto que han perecido en el naufragio cuatrocientos y tantos hombres pero, quitando al capitán y á unos cuantos oficiales, que pertenecerían á la buena sociedad y merecen por eso que les dediquemos una lágrima, todos los demás eran morralla proletaria.

Y abundan tanto los proletarios... ¡Ojalá pudiéramos reemplazar con otro el crucero, con la misma facilidad que ha de llenarse el hueco que han dejado esos cuatrocientos soldados ahogados!

Y sobre todo ¿qué vale ese número para el que sumen los que van á quedar tendidos en la ardiente manigua cubana?

Eso de Cuba se va poniendo cada vez más malo.

Deben brotar los insurrectos como las irregularidades aquí y allí.

Y es tanto el entusiasmo que á los cubanos les inspira la dominación española, que no saben demostrárnoslo sino á tiros.

Y allá van batallones de proletarios á defender la patria... de los otros.

Que para eso servimos nosotros. Para morir con las armas en la mano por los intereses de nuestros explotadores, ó para enriquecerlos con nuestro trabajo en los campos, en los talleres y en las fábricas.

Pero, en cambio, ¡ah! tenemos patria, una patria en la cual no tenemos un palmo de terreno que sea nuestro. Y esto compensa aquello.

Otra novedad.
Ha caído Sagasta y ha subido Cánovas.

Mientras se ha resuelto la crisis hemos estado con el alma en un hilo.

Porque los españoles podrán pasar-se un día sin pan, y hay muchos que se lo pasan, pero ¿sin gobierno? ¡Quía!

A quién ha venido bien este cambio ha sido al Sr. Chávarri.

Se encontraba el hombre entre dos aguas.

Como liberal, era sagastino, y como proteccionista, conservador.

Y, claro, el Sr. Cánovas, en pago del favor que le hizo Chávarri, cuando lo de los tratados, le ha dejado esta provincia en feudo, como antes se la dejara Sagasta.

Ya se dice por ahí que desde el gobernador abajo, todas las autoridades y empleados van á ser aquí designados por el Sr. Chávarri.

Y ahora ríanse ustedes del odio que dicen que los vascongados sienten contra el Sr. Cánovas.

Ya ha terminado sus tareas la Asamblea republicana progresista.

Aquello ha parecido un reñidero de gallos.

Y esto sí que no es ninguna novedad.

Porque en reuniéndose tres republicanos, ya es sabido, bronca armada.

Vamos, que no se han entendido y han acabado por tirarse los trastos á la cabeza revolucionarios y legales.

¡Ni cómo habian de entenderse, hombre!

Representando á los progresistas de aquí ha estado Leguina.

Figúrense ustedes que de cada provincia ha asistido otro Leguina...

¡Pues hubiera llegado el día del juicio sin ponerse de acuerdo!

EL ARTE DE HACER FORTUNA

No vacilamos en afirmar que puede llegar á hacerse rico todo aquel que se lo proponga, y casos mil verá el observador que demuestran la verdad de esta afirmación.

En la guerra cruel á que lanza á los hombres la injusta constitución social, triunfan, por lo común, los más inmorales, los astutos, los que saben más gramática parda.

A cualquiera cosa que el hombre se dedique, fuera del trabajo propiamente dicho, en el cual ni por buenas ni por malas artes logrará salir del sueldo ó del salario, puede hallar un portillo para colarse en el templo de la fortuna.

Para los inexpertos en el luchar de la vida, para los que nada tienen y lo desean todo—suprema expresión de la pobreza—para los aspirantes á burgués, damos á continuación una serie de preceptos, con los cuales es probado que verán colmadas las medidas de sus deseos hasta ahitarse.

En todos los hombres que no han perdido completamente el sentido

moral, hay un fondo de bondad, una misteriosa voz que señala lo que es bueno.

Ahoga este sentimiento, que es un estorbo para llegar al fin deseado, y escucha:

Si eres comerciante, procura comprar barato y vender caro y aumenta tu provecho con ligaciones y mezclas, sin importarte una higa del daño que puede causar la adulteración, porque con semejantes escrúpulos no se va á ninguna parte.

Si otro más listo que tú te echa la zancadilla y el negocio sale mal, levántate con el santo y la limosna, en una palabra, quiebra, que esto es muy corriente entre burgueses y no está mal visto, sobre todo, si con la quiebra se hace negocio redondo.

Si ejercieras cargo público, aprovecha la ocasión porque, al fin, el daño cae sobre el Estado, que tiene anchas espaldas, y si tú no irregularizas otro vendrá que lo haga. Sobre este importantísimo particular te diré lo que dice la gitanilla de Cervantes á un empleado que dió en la cursi manía de ser honrado: «Coheche vuesa merced, coheche y déjese de usos nuevos, que morirá de hambre.»

Si por ventura fueres eclesiástico, que no es chica ventura tener tan descansado oficio, cuidate de adular á los ricos, sé blando con ellos en el tribunal de la penitencia, no les hables de castigos en la otra vida para maldades de esta, pues no conviene mentar la soga en casa del ahorcado, esmérate en el aliño de tu persona y trage, circunstancia algo olvidada por los de tu oficio, sin duda porque no creen como Aristóteles que la limpieza es una virtud; sé meloso y complaciente con las beatas, sobre todo si son jóvenes, que no te pesará.

En caso de que administrases justicia, procura que la balanza se incline bajo el peso de las talegas del rico, de lo que te vendrá gran provecho, en tanto que si favoreces al pobre, te captarás la enemistad del pudiente y perderás la dádiva. Olvida (si es que la sabes) aquella cervantina máxima que dice: «Si alguna vez se inclina la vara de la justicia, que sea por el peso de la misericordia, no por el de la dádiva.» No faltará quien diga que esto es sublime, pero no hagas caso de sublimidades que con ellas se come mal.

Si explotas una industria ó la tierra, te bastará para tu bienandanza con que pongas al frente de tu negocio á un hombre brutal que arré á los obreros para que produzcan cuanto sea posible humanamente, sistema cómodo que te evitará los ódios y maldiciones del infeliz trabajador, que no te creará causa de sus desventuras y sudores, sino al desalmado que te sirve de pantalla. Con esto y con que toques la cuerda de la bendita caridad, cuando los obreros estén á punto

de perecer, que si es bueno apretar no conviene ahogar, vivirás tranquilo y contento y hasta puede que mueras en olor de santidad.

En suma, ¡oh, tú! quienquiera que seas, engaña, trampea, adúltera, quiebra, adula, prevarica, explota, pero ten cuidado de no dar con tu cuerpo en la laberíntica red del Código penal y si quedares en ella preso con las escamas de tu torpeza, como pez atontado, reparte á manos llenas el dinero y presto te verás libre.

¡Triste realidad la que nos ofrece la sociedad actual, donde el pillo tiene infinitos medios de medrar en tanto que el trabajador honrado se afana en vano por desasirse de las ligaduras que le sujetan á una vida de privaciones, de miseria!

TEBRO.

LAS ELECCIONES

CACIQUISMO

Cuando el otro día el Sr. Leguina en el Ayuntamiento lanzaba sobre los concejales carlistas aquellas frases de «nosotros, nosotros solo somos los que aquí representamos al pueblo de Bilbao», nos venían intenciones de llamarle embustero y de protestar de semejante desatino.

Ni el Sr. Leguina ni los suyos, ni los de enfrente, así los de la derecha como los de la izquierda, ninguno puede ostentar dignamente el título de representante genuino del pueblo de Bilbao. Solo el compañero Orte sin temor á que nadie le desmienta, puede afirmar con orgullo que es el único concejal elegido por la libre voluntad de sus electores.

¡Medrado estaría el pueblo de Bilbao si, libre y autónomo en días de elecciones, llevara á la casa de la villa genticilla como la que hoy maneja el cotarro municipal!

Hablar aquí de ideales políticos, de la voluntad del pueblo y del sufragio universal, es nada más que tener ganas de hablar. Todos estamos en el secreto de cómo se hacen las elecciones en Bilbao y aún en Vizcaya toda.

El caciquismo más asqueroso se ha entronizado en esta región y ha convertido el pueblo en una manada de esclavos sin pudor y sin conciencia. Entre el Sr. Chávarri, cacique de primera magnitud, y Solaegui y Echevarrieta y otros caciquillos de menor cuantía se hace un pacto, y se reparten amigablemente los puestos: Yo, tantos, y tú, cuantos; para aquél, estos, y para el otro, aquellos; y á vivir. Luego los caciques señalan los candidatos, que por pura fórmula son sometidos á la aprobación de los partidos, compuestos en su mayoría de serviles y dependientes del cacique. Después en la lucha se emplea toda clase de armas para echar la zancadilla al cacique rival, y á donde no llega la imposición y la amenaza en la fábrica, el taller ó el escritorio, llega el billete de cinco duros en la calle.

Y ahí tienen ustedes la voluntad por la que han ido al municipio Leguina y la mayor parte de los concejales actuales: la del cacique. Esos son sus electores: el cacique. Están en el Ayuntamiento á costa de su vergonzosa sumisión al cacique.

Se dice que en las próximas elecciones municipales el Sr. Chávarri piensa copar la elección. Y esta afirmación que en un pueblo viril habría levantado protestas de indignación y

hecho preparar á los ciudadanos para la lucha, aquí se oye con estóica indiferencia y deja como turulatos á republicanos y carlistas, esperando servilmente que Victor I se apiade de ellos y les conceda algún lugar en el encasillado.

El arma del Sr. Chávarri para vencer es la más degradante, pero la más poderosa: el dinero. Conoce el tiranuelo la postración, la miseria, la abyección en que vive el pueblo, que no tiene alma para darle en la cara con el dinero que le o rece á costa de su libertad...

Estamos dispuestos los socialistas á impedir tal vergüenza. ¿Estaremos solos en esta campaña de moralidad? ¿No tendrá en Bilbao el sufragio universal otros defensores de su pureza que los socialistas? Nos dirigimos á los hombres honrados, sean del partido que quieran, á todos los que no quieran aparecer como siervos del Sr. Chávarri. Si los hay, es preciso que nos reunamos, que se celebren *meetings* públicos, que nos concertemos, si hay necesidad, hasta para reventar á los compradores de votos.

Los marinos mercantes.

Hay en Bilbao dos asociaciones fuertes y vigorosas de los sufridos y valerosos trabajadores del mar: la de los capitanes y oficiales de la marina mercante y la de los maquinistas navales.

De fijo les ha unido el deseo de defenderse contra la imposición, cada vez más tiránica, de los armadores, el espíritu de clase latente en esta sociedad burguesa que hace que todos los sometidos al régimen del salario se busquen y se organicen para defender sus derechos.

Hemos mirado con profunda simpatía estas asociaciones, y aunque no han entrado francamente en el terreno de la lucha de clases, término á que ha de conducirles fatalmente la avaricia de sus explotadores, estamos dispuestos á prestarles todo el apoyo que nuestras humildes fuerzas permitan.

La de maquinistas navales ha luchado ya con éxito contra el Estado. Algo humildes han andado, y nos parece que han pordioseado más de lo que conviene á los que están cargados de razón, pero hay que tener en cuenta que el vigor revolucionario y el espíritu de clase se manifiesta cada vez más potente á medida que las luchas se suceden, y creemos que éstas no han de tardar en presentarse entre los armadores y la brava gente de mar.

En la de capitanes y oficiales de la marina mercante española, han debido introducirse elementos dañinos á la asociación, gente propicia á los intereses de los propietarios de buques, que habiendo escalado los puestos de la Junta directiva, ha de hacer cuanto pueda por dar al traste con la organización.

Así se desprende de la protesta que á continuación insertamos y que ha circulado por todos los puertos españoles, y con la que, por hoy, terminamos estas líneas, prometiendo volver á ocuparnos de estos asuntos en números sucesivos.

Hé aquí la circular:

A los Capitanes y Pilotos asociados:

La excelente Junta directiva se la debemos á la mala semilla que había en la anterior: á Carlos Careaga y á Ricardo Tejeiro, ambos, que se han unido para dar al traste con la Asociación, valiéndose, para conseguirlo, de nuestra obligada ausencia á las

Juntas generales. Debemos protestar enérgicamente, y si es preciso, nombrar una Junta de defensa contra los malos acuerdos de falsos compañeros, que se han introducido maliciosamente en el gobierno de nuestra sociedad.

Los primeros acuerdos de esta camarilla de embozados armadores, han sido, primero, con pretexto de hacer administración, negar un socorro á la pobre madre viuda del fundador Amador Losada, pericido á causa de haberle arrebatado un golpe de mar de sobre la cubierta del vapor «Alicia», porque adeudaba á la Sociedad siete cuotas mensuales; y el segundo, ofrecernos la sorpresa de otro nuevo Reglamento (¡¡y será el 3.º!), ó una reforma del mismo, mermando tal vez nuestros derechos y acaso aumentando los deberes.

No necesitamos estos administradores. La Asociación puede muy bien ser dirigida por nosotros mismos, y á tenor de los maquinistas navales, formar nosotros también una Junta, de la que pueden ser vocales todos los asociados de los buques que recalén en Bilbao: aún es tiempo. Lo más difícil lo hemos hecho, pues la asociación es fuerte y vigorosa; protestemos ahora de los primeros acuerdos tomados por la nueva Junta, que en su principio se adivina, no ha de dar un paso por recabar nada provechoso para nosotros. (Que circule por los buques).—*J. M., Capitán fundador.*

Bilbao, Marzo, 95.
(Diríjanse á nombre de la «Asociación las adhesiones á esta protesta».)

LO QUE ES IMPOSIBLE

Cuando el trabajo humano haya dejado de ser la resultante de todas las fuerzas sociales, esto es, cuando los hombres se deban en un todo y cada uno á sí mismos, sin predecesores, y los descubrimientos é invenciones y combinaciones de materias, ó la ciencia del saber surjan espontáneas en el cerebro, siendo inherentes á él y desapareciendo con él, sin dejar vestigio ni enseñanza, cuando un individuo, uno solo, subsista por sí mismo, pudiendo naturalmente sustraerse á todo y obrar á la vez sobre todo, acaparando para su utilidad y menesteres el aire que respiramos, el agua que nos refresca, el calórico y la luz solar que á todos reanima y vivifica, cuando este individuo, por virtud de leyes excepcionales accione y reaccione sobre la naturaleza entera, sin que esta pierda ni se transforme un átomo de las partes que la componen, y por ende el universo haya alterado solo para él las leyes naturales que todo lo rigen, cuando en estas condiciones aparezca el primer hombre á la faz del mundo, entonces... entonces aceptaremos las doctrinas individualistas, por falsas y disparatadas que nos parezcan hoy. Pero en tanto que lo que es hechura del arte ó la ciencia, á su vez sea resultado de titánicos esfuerzos y observaciones que á través de los siglos nos han legado otras generaciones; quién se atreverá con justicia á gritar *esto es mio?* ¿Cómo! ¿Acaso el más delicado pintor pudiera copiar en las bellezas de la naturaleza, sin que

de anterior subsistieran las materias colorantes? ¿Qué sería el astrónomo sin el telescopio, ni qué todo el mecanismo social sin el agricultor y el minero?

Quesnay, este fisiócrata del siglo pasado, afirma que solamente la tierra posee la virtud de crear, por lo cual tampoco estarán exentos de virtudes el campesino que labra, el minero que perfora, el buzo que extrae la perla y el coral, el pescador, el leñador y otros.

Aún así, estos productos arrebatados á la propia naturaleza para satisfacer nuestras variadas y múltiples necesidades, sabido es que habrán de ser combinados, pulimentados, transformados, es decir, sometidos á un nuevo trabajo por nuevas inteligencias, lo que no es otra cosa desde el punto de vista general, que el trabajo mismo ya socializado, el nervio y riqueza de la sociedad entera, acumulado á su vez bajo el dominio de varias individualidades.

Pero si la producción total es el resultado de casi todas las energías ¿cómo los que huelgan por lujo proclaman que entre los hombres haya primeros y últimos?

Si embargo, ¿pensar que hubo clases, categorías, privilegios, castas!... ¡Bueno es el mundo! que dijo don Miguel de los Santos.

Se comprende que esto hubiera sucedido antes de Guttenberg y algunos siglos antes, allá, en el viejo mundo, en la India. Se comprende cómo allí el sentimiento religioso haya podido, por los Brahmanes, distanciar á los hombres con los dictados de *chattrias* ó *parias* ó *sudras*, ó cosa que envileciese á todos por dignificar unos pocos. Se comprende cómo los indígenas de aquellos países se hayan podido extender hácia la Grecia é imprimir en el ánimo de aquellos naturales su civilización, leyes y costumbres, y, por consiguiente, que allí hubie-

ra esclavos y señores, siendo como era desconocida la igualdad humana. Se comprende cómo la antigua Roma, aquella arrogante dueña de diecinueve naciones, haya tomado de la Grecia lo que recibiera ésta de la India, y cómo más tarde lo difundiera por el resto de Europa, y que así el Oriente y Occidente cayeran en el gravísimo error de que la esclavitud, las castas, la apropiación de la tierra más la exención de ésta provenía de leyes fatales, sancionadas fuera del mundo del hombre é independientes de su voluntad. Todo esto se comprende dentro del movimiento histórico de la humanidad, y así Aristóteles, aquel fatalista á la antigua usanza, parece consignarlo en su famosa *Chrematística*.

Pero lo que á nuestra razón no se explica con la claridad que perpetúan los hechos, es que pasados ya los tiempos de turbulentas y constantes agitaciones, en que la guerra debía ser la primera condición de vida, que, á semejanza de los espartacos, solo en el fragor del combate y el triunfo de las armas debía el proletariado buscar y obtener las dulzuras del hogar, cuando hoy, por otra parte, ya el trabajo material está dignificado por la opinión y sancionado por la moral que no es «degradante á las personas que lo ejercen», según opinaban en la antigüedad Platón, Xenofonte, Cicerón, Aristóteles y otros pensadores de aquellos tiempos, cuando rompiendo con rancias preocupaciones vemos alzarse en Grecia un Adam Smith proclamando que toda virtud descansa en el trabajo, cuando en la edad moderna esto acontece ¿cómo es que aún subsiste una clase, que á título de burguesa, se obstina en gobernarnos, muy á su placer, dejando para nosotros los aterradores espectros del hambre, el frío, tristezas, dolores, lágrimas, esfuerzos y fatigas? ¿Cómo, pues se explica este fenómeno político-eco-

nomico si no es por el sistema marxista?

¿Habremos de amoldarnos á las doctrinas, de suyo individualistas, que al comenzar el siglo sustentaron en Francia Bastiat, Mill en Inglaterra, Molinari en Bélgica, en Italia Tricini y Flores Estrada, Jovellanos, Campomanes y otros en España? ¡Imposible! Los hechos acusan que el interés personal creando poseyentes y desposeídos ha puesto siempre la sociedad en conmoción violenta. Eso dicen ayer las guerras políticas y de conquista y hoy las guerras industriales eso dicen: perpetuar en cualquier forma la esclavitud contra todo orden natural. Mas este orden supone ley del progreso, y éste á su vez supone el perfeccionamiento humano, como ley que á cumplirla tiende el socialismo científico, evitando así que en la familia humana haya primeros y últimos.

¡Paso, paso á la verdad redentora; al Socialismo que es ley! ¿Quién se atreve á contenerle en la marcha del progreso? He ahí lo que es imposible.

M. PAREDES.

Gijón, marzo 95.

EN EL AYUNTAMIENTO

Cuando el miércoles nos dirigíamos al Ayuntamiento, nos íbamos diciendo por el camino: el Sr. Leguina está en Madrid, la orden del día sin asuntos de importancia, ¡bah! esto va á ser cosa de coser y cantar; en menos de media hora, sesión acabada.

Pero ¡ay! que los mejores cálculos se vienen abajo, tratándose de nuestros ediles. Porque enseguida sale un Storm, pongo por concejal, que se empeña en darnosla y nos la da.

Empezó la sesión dándose segunda lectura de un informe de la Comisión de Gobierno interior proponiendo á un tal Escartín para el cargo de ordenanza de la Corporación.

Y, claro, habiendo nombramiento, tenía que haber su miajita de bronca.

Los hombres que ocupaban el Hotel de Ville poseían este instinto?

Desde la sesión del 3, durante la batalla, mostraron su flaqueza, su falta de cohesión. Hubo protestas indignadas contra el plan descabellado de la salida. La Comisión ejecutiva descargó su responsabilidad sobre los generales. Sus amigos los defendieron, pidiendo que se aguardasen noticias, las cuales llegaban cada vez más desastrosas. No había vacilación posible: Flourens y Duval habían expiado voluntariamente sus faltas, era preciso que los demás pagasen su parte de responsabilidad, con lo cual se daba satisfacción á las familias de los muertos y la autoridad salvadora de la *Commune* se afirmaba, impidiendo para lo sucesivo nuevas locuras. En vez de mostrarse inflexible como lo exigía imperiosamente la situación, el Consejo no se atrevió á castigar á los generales, ni siquiera á destituirlos, contentándose con reemplazar la Comisión ejecutiva y delegando «todos sus poderes militares» en el general Cluseret. ¡Grave error que debía costar caro!

No menos torpe é indecisa fué la conducta del Consejo con el Comité central. En vez de apoyarse en las protestas mismas del Comité central para disolverlo y repartir sus individuos en los diferentes servicios de la *Commune*, dejó subsistir un dualismo que fué fatal á la causa de la Revolución, des-

El Sr. Storm que tenía otro con más méritos, según él, para obtener la plaza, hizo desesperados esfuerzos primero para que el cargo saliera á concurso, después para que se diera el empleo á su patrocinado, y cuando ya el hombre no sabía qué decir en defensa de este último y en contra del otro, dijo que Escartín no era hijo de su madre. Así, como suena.

El Sr. Rasines protestó de estas palabras, y hasta los bancos creo que protestaron de la salida del concejal carlista, que si no se salió con la suya, lo que es hablar... vamos, que nos la dió.

La comisión de Gobernación pedía facultades para nombrar un trompa-clarinero con el haber anual de 500 pesetas. Porque ¿cómo vamos á pasarnos sin trompa-clarinero? ¿Qué dirían las naciones extranjeras?

Pero el Sr. Torre, que sabe que el erario municipal va de capa caída, y se interesa mucho, ¡Dios se lo pague! por nuestro dinero, propuso y fué aprobado que el trompa ese sea un músico de la banda municipal, con una gratificación de 100 pesetas al año.

¿Qué fortuna, eh? No solo vamos á tener un clarinero casi de balde, sino que además se ha salvado la hacienda con ese ahorro de 400 pesetas.

¡Ya tiene la comisión de Hacienda recursos para sanear la ría!

¡Pero qué discusiones más baldías las de estos concejales!

Después de mucho machacar sobre si debe ó no construirse un hospital de nueva planta, desistiendo de la terminación del de Solocoche, como proponía la comisión, salta uno y pide que quede el informe sobre la mesa. ¿Para qué? ¿Para darnos otro rato de discusión soporífera?

Y lo mismo sucedió con el informe relativo á la manera de arbitrar recursos para el saneamiento de la ría, que después de una discusión con todos los honores de una lata, se acuerda vaya á la comisión de Presupuestos, con objeto, sin duda, de repetir la suerte en la sesión inmediata.

Y dos cuartos de lo mismo ocurrió con un asunto referente á una pensión para un pobre impedido, y con otro del servicio de aguas, y con otro sobre responsabilidades de los hojalateros...

¡Puf! Ellos, los concejales, sí que son *lateros* sin responsabilidad ninguna.

truyendo la unidad de poder, absolutamente necesaria para combatir y vencer.

Es verdad que el Comité obraba y hablaba mejor que el Consejo, trazando desde luego una vía revolucionaria en que no todos los del Hotel de Ville se hallaban dispuestos á entrar. El día 5 lanzó la siguiente magnífica proclama:

«Trabajadores, no hay que darle vueltas: la que acaba de inaugurarse es la gran lucha, la lucha del trabajo contra el parasitismo, de la producción contra la explotación. Si estais cansados de vegetar en la ignorancia y en la miseria; si quereis que vuestros hijos sean hombres que perciban el fruto de su trabajo y no especie de animales adiestrados para el taller y para la guerra; si no quereis que vuestras hijas sean instrumento de placer en brazos de la aristocracia del dinero; si quereis, en fin, el reinado de la Justicia, trabajadores, sed inteligentes, ¡á las armas!»

Para sobreponerse al Comité central, el Consejo de la *Commune* debiera haber desplegado valientemente esta bandera de la reivindicación social, pero por desgracia había en el seno de la *Commune* demasiados burgueses.

Su único acto, al parecer enérgico, fué el decreto sobre los rehenes; pero en realidad esta medida, en que se agotó todo el revolucionarismo del Consejo, carecía de eficacia. Todos los reaccionarios de nota habían hui-

LA COMMUNE DE PARÍS⁽¹⁷⁾

DE 1871.

federados, y poco después en algunos otros puntos de menor importancia. Así las sublevaciones de provincias se extinguieron una á una como los cráteres laterales de volcanes medio apagados. El partido revolucionario de los departamentos se mostraba en todas partes desorganizado é incapaz de manejar el poder. Por doquiera vencedores en el primer choque, los trabajadores solo habían sabido gritar: «¡Viva París!» Pero á lo menos probaron su vitalidad, su corazón y su energía. Ochenta años de dominación burguesa no habían podido transformarlos en un pueblo de eunucos; mientras que los radicales, que los combatieron ó abandonaron, demostraron una vez más la decrepitud y el egoísmo de una burguesía dispuesta siempre á especular con los trabajadores para sus fines políticos, salvo ametrallarlos después ó dejarlos ametrallar.

Después de setenta días de armisticio, París vuelve á empezar la lucha. Si vence, su victoria no será estéril como la de los

los campos de batalla; nuevas razas reconstruirán el edificio social sobre nuevas bases. Si es vencido, todo desaparecerá: libertades y esperanzas de emancipación del Proletariado; la burguesía se armará del látigo del negro, y toda una generación se hundirá en el sepulcro. La gran idea revolucionaria de solidaridad y emancipación social cubre con sus anchas alas á los batallones federados, que marchan con la cabeza erguida y los ojos brillantes; y cuando el burgués se nega á batirse, diciendo: «Soy padre de familia», el trabajador exclama: «Yo voy á batirme por mis hijos.»

Por tercera vez desde el 18 de Marzo, la ciudad se confundía en un solo aliento, en una fiebre de fe, de abnegación y de esperanza; de esperanza sobre todo. Y en efecto, ¿qué revolución se vió armada de aquel modo? No se trataba ya de unos cuantos desesperados, detrás de las barricadas, que se veían reducidos á cargar los fusiles con piedras ó lingotes. La *Commune* de 1871, mucho mejor armada que la de 1893, poseía 60.000 hombres aguerridos, 200.000 fusiles, más de 1.000 cañones, cinco fuertes y un recinto cubierto por las alturas de Montmartre, Belleville y el Panteón, que lo dominaban todo, con municiones para años enteros y miles de millones á su disposición. ¿Qué necesitaba para vencer? Un poco de instinto revolucionario.

Está visto que para ir á las sesiones hay que ser héroe al estilo de Leguina en la batalla de Arrigorriaga.

Que se levanta este munícipe ú otro cualquiera á hablar con tendencias pelmísticas... pues se levanta uno y ¡piés, para qué os quiero!

Y ustedes dispensen.

DESDE LA ARBOLEDA

Compañeros del Consejo de Redacción de LA LUCHA DE CLASES.

Causas ajenas á nuestra voluntad nos obligaron á aplazar la conmemoración del XXIV aniversario de la «Commune» de París hasta el domingo 24, en que celebramos en el local de nuestro compañero Alonso, de La Arboleda, una velada y un thé, al que acudieron los compañeros de la Agrupación Bilbaína, Perezagua y Basterra.

El local, que estaba bastante bien iluminado y decorado con gusto, era insuficiente para contener á los 400 compañeros que próximamente acudieron.

En el fondo se había levantado una bonita tribuna para que los oradores fueran mejor vistos y escuchados, y que estaba engalanado con las banderas de esta federación de Agrupaciones mineras y los retratos de los campeones del Socialismo, Marx y Lassalle.

Abierta la sesión á las ocho de la noche por el compañero Manuel Perez, que presidió, y recomendando el orden que en nuestros actos debe reinar, concedió la palabra al compañero Prieto, el cual, después de historiar brevemente la «Commune», terminó protestando de los crímenes que la burguesía ha cometido en Riotinto, Jerez y Bilbao.

Concedida la palabra á Faustino González, desarrolló bonitamente los sucesos de la «Commune», hasta que el ejército de Versalles ahogó en sangre aquella gloriosa jornada.

Tarancón, este compañero, veterano en nuestras filas, se expresó en el mismo sentido que el anterior, estendiéndose en atinadas consideraciones sobre la compacta unión que debemos tener, para combatir á la burguesía que nos esclaviza y aniquila, y terminó dando un viva á la Revolución social.

Concedida la palabra al compañero Basterra, dijo, que á invitación de su correligionario Perezagua, de la Agrupación Bilbaína, había accedido gustoso subir al monte, á saludar á los compañeros de las minas, dignos de la consideración especial por la explotación de que son objeto.

Concretándose á la «Commune», decía

do tiempo hacía de París y solo quedaban algunas individualidades aisladas, que Versalles sabría sacrificar, en caso necesario, como lo hizo llegada la hora. En cambio Thiers, que fusilaba sin decreto, aprovechóse de esta manifestación para denunciar al mundo la ferocidad de la Commune.

Los individuos del Consejo, en su arranque infantil, no habían visto los verdaderos rehenes que tenían, sin embargo, ante los ojos: el Banco, el Registro de la Propiedad, el Patrimonio, y la Caja de depósitos y consignaciones. Allí estaban las glándulas genitales de la burguesía; apoderándose de ellas, la Commune podía reirse de sus cañones y de sus soldados. Sin exponer ni un hombre no tenía más que torcer la mano y decir á Versalles: «Transige ó muere.»

Los tímidos elegidos el 26 de Marzo no eran capaces de tamaña osadía. El Comité central había cometido una falta terrible dejando escapar el ejército versallés. El Consejo supo cometer una cien veces más transcendental. Todas las revoluciones dignas de este título han comenzado por apoderarse del nervio del enemigo, de la caja. La Commune es la única que se ha negado á hacerlo. Su Consejo abolió el presupuesto de Cultos, que estaba en Versalles, y permaneció en éxtasis ante el presupuesto de la burguesía, que tenía al alcance de la mano.

La escena fué, por lo demás, verdadera-

que el pueblo de París, canso ya de las iniquidades y traiciones de la burguesía francesa, supo sublevarse y conquistar el poder político y dar el grito de Internacional, arrojando de su seno á los falsos patriotas, acto que el proletariado consciente de todas las naciones, y muy especialmente el alemán, lo vieron con gusto, hasta que dos meses después, pactó el infame Thiers con Bismark la entrega de los prisioneros franceses de Sedán, para sitiar á París, ahogando en sangre la «Commune.»

Los españoles, no somos—decía—los españoles de los siglos pasados que conquistaron el mundo. Estamos degradados; en otros países, hasta las mujeres tienen más valor que nosotros, y dió lectura al manifiesto que el grupo de ciudadanas francesas publicó cuando la lucha era más viva, explicando párrafo por párrafo, con lenguaje sencillo, para que la reunión se penetrara bien del valor de aquellas varoniles mujeres, y terminó recomendando que se organicen si quieren terminar de una vez con las miserias de esta sociedad corrompida. Y se levantó el compañero Perezagua.

Este compañero hizo su discurso de una manera original y brillante.

Trasladó por unos momentos [París á Madrid y Versalles á Aranjuez, para que los sencillos mineros pudieran comprender bien aquel movimiento.

Figuró la invasión del ejército alemán á España; y hecho esto, explicó que los sucesos se desarrollaran en Francia; pero para que le entendieran mejor, hace la hipótesis de que España es el teatro de aquellos acontecimientos.

La corrupción y humillaciones de la clase que nos domina, hizo que en Madrid (el París de entonces) se sublevara el pueblo y conquistara el poder, formando el concejo municipal, y Aranjuez el Versalles, á donde huyó lo corrompido y el elemento malsano.

El auditorio escuchaba entusiasmado y se sentía transportado á la fecha en que el orador detalladamente relacionaba las glorias de los defensores de la «Gommune», y se indignaba ante los crímenes, que los sicarios de Thiers, cometían en la semana sangrienta.

Después recomendó la unión, para hacer que se cumplan las promesas que el ministro de la Gobernación hizo á la comisión del Congreso Socialista, de que desaparecerían los barracones.

Mientras no esteis unidos—decía—no os servirá que lloreis como mujeres de vuestros males; ni las denuncias que hagais en la prensa. No os harán caso.

Ingresar en el partido socialista, pero no en pelotón y solamente con entusiasmo,—que ese se apaga pronto;—venir uno á uno

mente risible, si pudiera reirse de una negligencia que hizo correr tanta sangre. Desde el 19 de Marzo los regentes del Banco de Francia vivían como los condenados á muerte, aguardando cada día la ejecución de su caja. Trasladarla á Versalles no había que pensar en ello: se habrían necesitado sesenta ú ochenta carros y un cuerpo de ejército. El 23, Rouland, gobernador del Banco, no pudo resistir más y huyó, siendo reemplazado por el subgobernador Pleuc. Desde la primera entrevista con los delegados del Hotel de Ville manifestó su timidez, resistió al principio, cedió luego poco á poco y soltó el dinero con marcada repugnancia, duro á duro. El lado cómico de la escena es que disputaba á París el dinero mismo de París, un saldo de nueve millones cuatrocientos mil francos, depositados en el Banco de Francia. Manióbró de este modo hasta el 28 de Marzo. El Banco, que los hombres de Versalles creían casi vacío, contenía: en numerario, 77 millones; en billetes, 466 millones; en cartera, 899 millones; valores en garantía de préstamos, 120 millones; lingotes, 11 millones; alhajas en depósito, 7 millones; títulos depositados, 900 millones: ó sea 2.480 millones. Ochocientos millones de billetes solo aguardaban la rúbrica del cajero, rúbrica fácil de hacer. La Commune tenía, pues, cerca de tres mil millones á su disposición, de los cuales más de mil eran

y convencidos de la verdad de nuestras doctrinas.

El presidente dió por terminada la reunión, en la que reinó el mayor orden.

A continuación se sirvió un thé entre los afiliados que quisieron quedarse, pues el local era incapaz para más, terminándose la fiesta á las dos próximamente de la mañana.

El Corresponsal.

De aquí y de allí

El partido socialista ha perdido un buen soldado.

El compañero BASILIO MARTINEZ, tras rápida y terrible enfermedad, falleció el domingo último en el Hospital Civil de esta villa.

A su sepelio, que se celebró el lunes por la tarde y fué puramente civil, acudieron más de quinientos compañeros.

El compañero Martínez fué siempre un buen socialista, cumplió siempre los acuerdos del partido y trabajó en la medida de sus fuerzas por la difusión de nuestras ideas.

¡Descanse en paz el infortunado compañero!

En el Congreso minero de Lens, el diputado socialista Jaurés ha pronunciado un brillantísimo discurso, que ha sido muy aplaudido, diciendo que los mineros podrán un día explotar ellos mismos las riquezas del subsuelo, obligando á los capitalistas á reconocer la existencia del cuarto estado.

Anunció que se organiza en toda Francia una vasta propaganda para impedir la aprobación de la ley que tienda á privar del derecho de huelga á los empleados de los ferrocarriles.

Los congresistas, terminadas las sesiones, han celebrado una velada, que ha sido presidida por el diputado Gerault-Richard.

El Parlamento alemán ha rechazado una proposición de la minoría socialista, encaminada al monopolio por el Estado de los trigos extranjeros.

A nuestro amigo Valero, de Alicante, que se hallaba procesado por lo militar, le ha pedido el fiscal, en el consejo de guerra verificado últimamente, un año de prisión correccional.

Deseamos que la Capitanía General de Valencia no confirme esta sentencia.

líquidos (con lo que había para comprar todos los generales, oficiales y empleados de Versalles)—y por rehenes los 90.000 burgueses que tenían títulos depositados y los 2.000 millones en circulación.

El 29 de Marzo presentó el viejo Beslay ante el tabernáculo. De Pleuc había puesto en pié de guerra sus 430 empleados armados de garrotes, pues sus fusiles carecían de cartuchos. Beslay, introducido en el despacho del gobernador, le suplicó humildemente que se dignase subvenir á las necesidades de la Milicia Nacional. Pleuc respondió con altanería y habló de defenderse. «En fin—dijo Beslay—si para evitar la efusión de sangre, la Commune nombra un gobernador...—¡Un gobernador! ¡jamás!—replicó Pleuc, que conoció con quien se las había;—pero si fuera un delegado, y si ese delegado fuese usted, podríamos entendernos.» Y pasando de lo positivo á lo patético, añadió: «Vamos, Beslay, ayúdeme á salvar esto, que es la fortuna de vuestro país, la fortuna de la Francia.»

Beslay, muy enternecido, corrió á la Comisión ejecutiva, repitió la lección que acababa de recibir, tanto mejor cuanto que le echaba de hacendista, y afirmó que «el Banco era la fortuna del país, que sin él no había ni industria ni comercio posible, y que si la violaban todos los billetes serían declarados en quiebra.» Aquellas sendas circu-

Para el Comité Nacional

Suma anterior, pesetas, 57'45.

Un barrendero, 0'75; Redondo, 0'50; V. Lopez, 0'25; Apraiz, 0'25; E. B., 0'25; L. G., 0'25; D. Bilbao, 0'20; Barruete, 0'25; T. Pascual, 0'25; A. Giménez, 0'25; F. Urra, 0'50; Domingo Zoya, 0'50; Teodoro, 0'50; Francisco Martínez, 0'25; A. R., 0'50; Zúñiga, 0'25; N. Sanchez, 0'50; Felipe Merodio, 2'00; Pedro Merodio, 1'00; Luis Merodio, 0'50; Modesto Merodio, 0'50; Juan Merodio, 0'50; Hipólito Merodio, 0'50; Pascual Martin, 2'00.

Total, pesetas, 71'35.

CONVOCATORIAS.

AGRUPACION SOCIALISTA DE BILBAO.

Se convoca á reunión general ordinaria á los afiliados, para el domingo 6 de Abril, á las diez de la mañana y en el local del Centro Obrero, para tratar de la siguiente orden del día:

- 1.º Lectura del acta de la anterior.
- 2.º Id. de comunicaciones.
- 3.º Id. de cuentas.
- 4.º Gestión del comité durante el primer trimestre.
- 5.º Demostración obrera de 1.º de Mayo.
- 6.º Elecciones municipales.
- 7.º Propositiones generales.

Se suplica la más puntual asistencia, pues, aparte la importancia de los asuntos que han de tratarse, deben los afiliados acudir á recoger los títulos que la nueva organización señala.

Bilbao 30 de Marzo de 1895.—*Facundo Perezagua*, presidente.—*Torbio Pascual*, secretario.

ORFEON SOCIALISTA OBRERO

Se ruega á los compañeros que pertenecen á este grupo; concurren desde el jueves por la noche á los ensayos de las nuevas obras que han de cantarse en la fiesta de 1.º de Mayo.

Bilbao 30 de Marzo de 1895.—*Claudio Zerezo*, presidente.—*B. Rodríguez*, director.

Portugalete.—Imp. de Mariano P. Escartín.

laron por el Hotel de Ville. Los prudhonianos del Consejo, olvidando que su maestro puso la supresión del Banco á la cabeza de su programa revolucionario, apoyaron al viejo Beslay. La fortaleza capitalista no tenía en Versalles defensores más encarnizados.

Si al menos hubieran dicho: «Ocupemos el Banco;» pero la Comisión ejecutiva no tuvo ni siquiera este atrevimiento, conformándose con comisionar á Beslay. El gobernador recibió al buen viejo con los brazos abiertos, lo instaló en el gabinete más inmediato, convirtiéndolo en su rehen, y desde entonces respiró.

Así, desde la primera semana, lo Asamblea del Hotel de Ville se mostró débil con los autores de la salida, débil con el Comité central, débil sobre todo con el Banco, ligera en sus decretos, ligera en su elección de delegado á la Guerra, sin plan militar ni programa. Los dos ó tres radicales que habían quedado en el Consejo vieron perfectamente adonde se iba á parar, y como no tenían afición al martirio, presentaron su dimisión.